

# TEORÍA DE LA RESISTENCIA

Alejandro Cardozo

I

Un carajito de la avenida Baralt camina a la cancha para reunirse con su comparsa de amigos, quieren aprovechar el viento impetuoso que promete soplar en la tarde capitalina. Un taxista en Cabudare le levanta la tapa del motor a su carro para revisar el radiador, la máquina humeante está recalentada, el hombre se va urgido a buscar envase y agua. Unas estudiantes de liceo se van después de clases a una cafetería de Valencia, taimadas, bellas, coqueteándole a la vida, que tanto les promete. Cuatro obreros ya lánguidos del jornal laboral en una planta de Ocumare del Tuy, se disponen a enajenarse la tarde con la cómplice cerveza; el cuarteto, sediento y alegre, se dirige a una licorería, la más cercana a la planta. El cura de la iglesia de Clarines se acomoda para dar la misa a cinco viejas, octogenarias que rezan a cuanto fantasma ronda en la familia; el monaguillo esconde las barajitas de béisbol en un bolsillo antes de que el sacerdote se las pille y se las incaute. Un pescador echa las amarras de su lancha en Araya, calculando cuánto tiene que hacer de pesca en el mes para poder celebrar con laurel los quince años de su hija mayor. Una señora entrada en años y en partos prepara la sartén para freír las empanadas que le va a vender a los caleteros en algún lugar de Puerto Cumarebo. Un pintor en Santa Rita espera la luz de las cinco de la tarde para atrapar en

la perfectibilidad del óleo al sereno y solemne Lago de Maracaibo.



El cielo azul vigoroso de la capital se ve de pronto profanado por unas extraordinarias hojillas que van dejando una estela blanca y ruidosa. Las cometas que los niños del centro de Caracas alzaron con el viento se ven simples al lado de esta maniobra de aviones.

Desde la costa, se ven amenazantes unos buques de guerra.

Algo está mal. Estos aparatos no llevan tatuados la franja tricolor, llevan una estrella blanca. Son

los soldados del tío Sam. La ocupación es inminente. Un cohete arrasa con la cancha, las cometas y los niños. Fueron centenares de canchas, cometas y niños aniquilados. Los mercenarios del Imperio vienen también con trastornos mentales, producto de tanta guerra: ajusticiaron al taxista de Cabudare porque atravesó decidido su carro frente a un jeep del tío Sam. Las estudiantes ya no tienen ni liceo ni cafetería donde reunirse; de hecho, ya no tienen motivos para coquetear con la vida. El cura se quedó sin iglesia y monaguillo: un tirabuzón acabó con el púlpito, mientras quemaba al monaguillo y sus barajitas de béisbol. Le faltaron sólo tres días a la hija del pescador para cumplir sus quince

años, otro bombardeo por error. La señora que hacía las empanadas huye con su decena de muchachitos en las caravanas hacia el interior del país. El pintor, por comunista y revolucionario, dejó el pincel y cogió un fusil, está en la Serranía de Coro, cayéndose a plomo con los soldados del tío Sam; el pintor anda arrecho porque le mataron —por error— a la novia, y le quemaron —por error— la Galería de Arte Nacional en Caracas... *daños colaterales* arguyen los imbéciles que improvisan el futuro del globo en Washington.

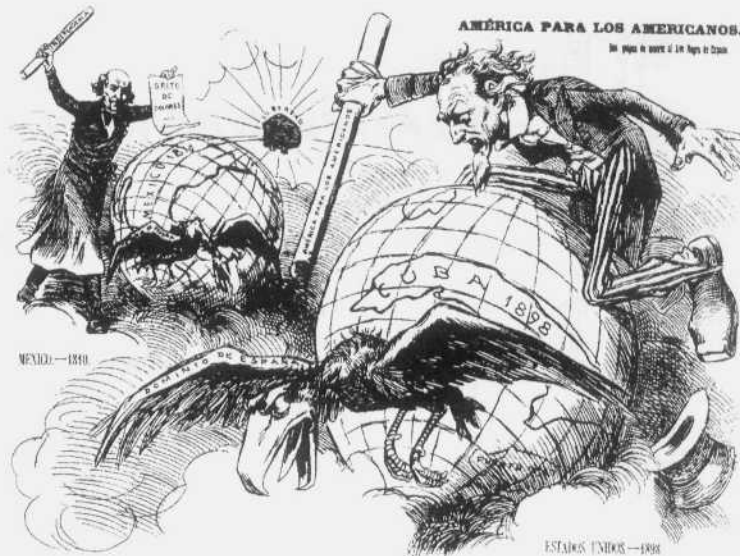
## II

Barrio y gente, salsa y tambores, estudiante y profesor, a gritos y a poemas, a palo y ametralladora, defienden las calles santas del país —santas porque son nuestras. Pero los leviatanes mecánicos de la guerra del tío Sam son avasallantes. Latinoamérica llora la ocupación y el genocidio de su diadema, llora a Venezuela pues. Ahora, la resistencia consiste en dar la guerra hasta el fin, en copiarse de uno que otro Aníbal que ha parido la historia; o mejor aún, del único Simón. El Este de Caracas no llora tanto la deshonra de la ocupación; algunos la ven desde el Estado de Florida por CNN en español, otros la ven desde el Este de Caracas, como un mal necesario: “Tenían que intervenir los gringos, tardaron mucho.”

La ocupación cae con todo su peso sobre la periferia nacional; el tío Samuel tiene la mala costumbre de darle garrotazos a la periferia, a los extramuros. Los cascarrones de la elite venezolana celebran con buen güisqui en brazos del embajador salvador del norte. La gran nación del Norte. La periferia es mutilada todos los días con esquirla, plomo y pólvora. No más carajitos volando cometas en la Baralt, no más taxistas haciendo carreras en Cabudare, no más estudiantes valencianas coqueteándole a la vida, no más obreros de Ocumare del Tuy arrebatándole unas cervezas al día, no más cura dando la Santa Misa en Clarines, ya no se pesca en las costas de Araya, no más empanadas en Puerto de Cumarebo. La periferia amortiza los antojos del tío Sam y la venta del país por parte de las elites venezolanas: “Se vende país con poco pobre, gracias al tío Samuel, nuestro tío Sam.”

## III

*La Teoría de la Resistencia.* ¿Venezuela y venezolanos resisten la irrupción bélica de Estados Unidos? ¿Han estado dadas las condiciones para que esta nación resista una guerra con cualquier otro país? ¿Qué sentido tiene sumergir a esta prometedora Venezuela en una guerra con una insaciable y voraz nación ávida de petróleo y recursos naturales?



Al unísono le decimos a quien quiera entregar la patria por la vía de la ocupación militar extranjera que cuente con sangre, sudor y lágrimas como primera ofrenda, y el destierro absoluto como primera solución. La resistencia es con el enemigo que está adentro, con el que quiere vender las entrañas mismas del suelo. La historia está cansada de dar antecedentes universales de lo que significa para un país entrar en guerra, la historia está extenuada de dar precedentes de lo que encarna para cualquier nación la guerra con Estados Unidos. Con el Imperio se puede negociar. Hoy el Imperio no conoce de soberanía, de patria, de dignidad nacional, de himno, de lucha, de emancipación, de Bolívar, de Jefferson, de Miranda, de Lincoln, de nada y de nadie; hoy el Imperio sólo conoce de petróleo, mercado, dólares, euros y yens. Así que apelamos a nuestra inteligencia para negociar con los regentes de la política exterior estadounidense. Al tío Sam lo humano le sabe a estiércol; para nosotros, lo humano es casi todo —pronto será todo—; para el tío Sam el espíritu debe tener precio, para nosotros el espíritu no se vende; para el tío Sam la poesía es sólo papel mal gastado, para nosotros es una travesía para salvar el día, para salvar la vida. Por eso hay que negociar, para que nos deje librar la batalla por lo humano, por el espíritu y por la poesía. Y la que quiera vivir con y para al tío Sam, le sale el Caracas-Miami en tres horas de vuelo aproximado. ☐

**Alejandro Cardozo Uzcátegui** (Mérida, 1978). Historiador venezolano, con estudios avanzados en Ciencias Políticas. Colaborador de la *Revista Nacional de Cultura* y de otras importantes publicaciones periódicas de Venezuela, como la revista *Principia* de la Universidad Nacional Lisandro Alvarado. Fundador, junto con otros jóvenes intelectuales, del periódico *Veritas* (Mérida). Su tesis *Estados Unidos y la Guerra Fría. Configuración de un sistema global de predominio. 57 años de un proyecto cultural, militar y económico*, obtuvo menciones honoríficas en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes.